

de haber concluido con él un tratado honroso. Pero á la primera noticia de la derrota de Diógenes, encerraron los grandes á la Emperatriz Eudisia en un convento despues de haber hecho que la cortasen el pelo. Se prendió al Emperador luego que dió la vuelta, y le sacaron los ojos con tal crueldad que murió muy en breve. Despues de esta revolucion fue reconocido por único Emperador Miguel Ducas, hijo primogénito de Eudisia, el cual fue un Príncipe cobarde é inaplicado, sin mas talento que para ganar fraudulentamente en el comercio del trigo, por cuya razon se le dió el nombre de Parapináceo.

Parece que este Emperador conservó todavía alguna especie de comunion con la santa Sede, supuesto que el Papa Alejandro le envió un legado, que fue bastante bien recibido, y permaneció un año en Constantinopla, esto es, hasta la muerte de aquel Pontífice, que sucedió á 21 de Abril de 1073. Ningun otro era mas á propósito que este legado llamado Pedro para honrar con su persona la silla que representaba, porque además de estar emparentado con los Príncipes de Salerno, habia abrazado desde la infancia la vida monástica, y estaba tan penetrado del espíritu de abnegación, que fue necesario arrancarle del claustro para hacerle obispo de Anagni. Gobernó esta iglesia por espacio de cuarenta y tres años con tanta edificacion, que fue colocado solemnemente en el número de los Santos por una bula de Pascual II espedida á 4 de Junio de 1109.

60. El que gobernaba el imperio de occidente no

era un Príncipe mas estimable ó á lo menos mas virtuoso que Miguel Parapináceo. El Rey Enrique IV, hijo tan diferente del religioso Emperador Enrique el Negro y de la Emperatriz Inés, sinceramente piadosa sin embargo de algunos defectos pasajeros, se habia mostrado ya á los diez y ocho años uno de los hombres mas viciosos y corrompidos (1). No contentándose con tener á un mismo tiempo dos ó tres concubinas, no respetaba su libertinage desenfrenado á la inocencia virginal ni á la fidelidad conyugal. Cuando oía hablar de la hermosura de alguna persona joven, hacia que se la presentasen de grado ó por fuerza: iba algunas veces él mismo á apoderarse de ella, esponiendo su propia vida: y entonces, si no lograba seducirla, usaba de la opresion y de una violencia brutal. A la impudicia se siguió la crueldad, de modo que no tenia Enrique el menor reparo en perder á los maridos, cuando le servian de obstáculo para hacerse dueño de sus mugeres. Sus cómplices y sus confidentes, entre los cuales habia pocos que le igualasen en depravacion, eran igualmente sacrificados cuando con una palabra ó con un solo gesto daban á entender que desaprobaban sus excesos. Por poco sospechosa que le fuese su discrecion, le bastaba esto para deshacerse de ellos cautelosamente, porque supo conciliar la hipocresía y la perfidia con las pasiones mas fogosas. No menos disimulado que implacable en su ira, mandaba asesinar á los que le habian desagradado cuando estaban mas distantes de

(1) *Hist. bell. Sax. pag. 102. -- Chron. Magd. Ms. ann. 1068.*

pensar que habian incurrido en su indignacion, y luego fingia sentir tanto su muerte que derramaba copiosas lágrimas. La simonía perseguida con tanto celo por los hombres de probidad, fue el menor abuso que cometió en la distribucion de los beneficios eclesiásticos. Si obtenian los obispados aquellos que le daban mas dinero, solo podian tener seguridad de poseerlos los que servian de ministros á sus pasiones vergonzosas. Hacia deponer á los primeros como simoníacos, y ponía en su lugar á los otros; de suerte que una misma silla solia tener dos obispos, tan justos acusadores uno de otro como indignos competidores (*).

(*) Se debe tener muy presente esta pintura de las costumbres de Enrique IV, para lo que en adelante se verá en la historia. Aun la descripcion que hace Berault, no representa exactamente toda la corrupcion é impiedad de aquel Príncipe, y por lo mismo no inspira todo el horror debido á sus iniquidades. Los historiadores alemanes é italianos nos dicen lo que era Enrique como Príncipe: su hijo y su muger nos han enseñado lo que era en lo interior de su palacio. Considérese á la desgraciada Prajedes sacada de la prision por los cuidados de la sagáz y prudente Matilde, y conducida por la desesperacion á confesar en medio de un concilio horrores abominables: recuérdense otros mil hechos semejantes, y se verá con cuánta verdad dijo Muratori (*Annal. de Ital. tom. 4 pag. 248*) de Enrique, que „fue un Rey nacido únicamente para la infelicidad de sus súbditos.“ La Providencia jamás permite desencadenar á semejantes fieras, sin oponerles el invencible genio de algun hombre grande; y este para Enrique fue Gregorio VII. Los escritores franceses, y tambien, como va á verse, el abate Berault, no cesan de hablarnos de San Gregorio como de un hombre fogoso, implacable, lleno de pretensiones exorbitantes; y al mismo tiempo Enrique goza todo

Los desórdenes que introdujo esta conducta en la Iglesia y en el imperio á pesar de la Emperatriz madre y de algunos prelados piadosos, como San Annon de Colonia, los obligaron á abandonar la corte (1). El arzobispo se retiró al monasterio de Sigeburg que habia fundado él mismo, donde por espacio de tres años del mas exacto retiro acabó de santificarse con la oracion, con las austeridades y con el continuo egercicio de todo género de buenas obras. La Emperatriz pasó á Roma, y se puso bajo la direccion de Pedro Damiano, con quien, segun nos dice él mismo, hizo una confesion desde la edad de cinco años, no solo de las acciones malas, sino de todos los movimientos desordenados del corazon, de los pensamientos y de las palabras ociosas, en cuanto pudo acordarse; á lo que añade este autor piadoso, que no la impusieron otra penitencia que la de continuar con la vida humilde y austera que habia abrazado (2). Y en efecto, perseveró hasta la muerte orando sin interrupcion, haciendo limosnas prodigiosas, vistiendo con mucha pobreza, y practicando unas

su favor, llamándole cuasi siempre el desgraciado, el infeliz Enrique. Podria decirse de estos autores que no tienen entrañas de caridad sino para el crimen. Sirva esta nota como de prevencion para leer la historia del pontificado de Gregorio VII, que nuestro canónigo de Noyon pinta desde el principio con tan negros colores: al fin de ella procuraremos rectificar las ideas que su narracion hace concebir, y se verá á los mismos protestantes formar el elogio que justamente merece el gran Pontífice San Gregorio VII.

(1) *Lamb. ann. 1075.* (2) *Petr. Dam. Opusc. 56. cap. 5.*

mortificaciones que parecian superiores aun á las fuerzas de los santos solitarios. El Rey Enrique abandonado á sí mismo y á sus aduladores, y careciendo de freno y de moderacion, se entregó á aquellas pasiones desarregladas, que contenidas poco despues de un modo imperioso y fuerte por la firmeza inflexible de Gregorio VII, ocasionaron entre las dos potestades un choque tan funesto á una y otra, y ofrecieron al mundo cristiano las escenas de horror y de escándalo que por último nos vemos en la necesidad de describir.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO TRIGÉSIMO-TERCERO.

- N.º 1. *Eleccion y carácter elevado de Gregorio VII.* 2. *Principios de San Estévan de Grammont.* 3. *Persigue Gregorio con viveza la simonia y el concubinato de los clérigos.* 4. *Turbulencias é inquietudes en Alemaniã.* 5. *Escribe el Papa acerca de estos obstáculos á los duques de Suavia y Carintia.* 6. *Su carta al Rey de Germania.* 7. *Carta de Gregorio VII á los obispos de Francia para la correccion del Rey Felipe.* 8. *Peregrinos insultados por los árabes.* 9. *Severidad del Papa.* 10. *Deposicion y penitencia de Herman de Bamberg.* 11. *Cábala de Guiberto de Ravena y del prefecto Cencio contra Gregorio VII.* 12. *El Papa herido peligrosamente y preso.* 13. *Es libertado por el pueblo.* 14. *Conspiracion de Guiberto y de los demás obispos de Lombardia con el cardenal Hugo el Blanco.* 15. *Cartas vigorosas del Papa al Rey de Germania.* 16. *Asamblea cismática de Worms, en que es depuesto el Papa.* 17. *Asamblea de Pavia, conforme en todo á la de los cismáticos de Worms.* 18. *Se intima al Papa que se retire del pontificado.* 19. *Absuelve del juramento de fidelidad á los vasallos de Enrique IV.* 20. *Escesos y remordimientos de Guillermo, obispo*